

tro uso; éstas son las que aparejan al hombre vestido, no áspero ni feo, cual es el de los otros animales, sino cual él quiere escoger; éstas hacen moradas bien defendidas de las injurias de los tiempos, éstas hacen los navíos para pasar las aguas, éstas abren los caminos por donde son ásperos, y hacen al hombre llano todo el mundo; éstas doman los brutos valientes, éstas traen los toros robustos á servir al hombre, abajados sus cuellos debajo del yugo; éstas hacen á los caballos furiosos sufrir ellos los trabajos de nosotros, éstas cargan los elefantes, éstas matan los leones, éstas enlazan los animales astutos, éstas sacan los peces del profundo de la mar, y éstas alcanzan las aves que sobre las nubes vuelan. Éstas tienen tanto poderío, que no hay en el mundo cosa tan poderosa, que dellas se defienda. Las cuales no tienen ménos bueno el parecer que los hechos. Agora, pues, si bien contemplais, veréis al hombre compuesto de nobles miembros y excelentes, do nadie puede juzgar cuál cuidado tuvo más su artífice, de hacerlos convenientes para el uso ó para la hermosura. Por lo cual los pintores sabios en ninguna manera se confían de pintar al hombre más hermoso que desnudo, y también naturaleza lo saca desnudo del vientre, como ambiciosa y ganosa de mostrar su obra tan excelente sin ninguna cobertura. Que si el hombre sale llorando, no es porque sea aborrecido de naturaleza, ó porque este mundo no le sirva, sino es, como bien dijiste tú, Aurelio, porque no se halla en su verdadera tierra. Quien es natural del cielo, ¿en qué otro lugar se puede hallar bien, aunque sea bien tratado segun su manera? El hombre es del cielo natural; por eso no te maravilles si lo ves llorar estando fuera dél. Ni pienses tampoco que es ménos bien obrado dentro de su cuerpo, que has visto por defuera; ántes sus partes interiores son de mayor artificio, de las cuales yo no hablo agora, con miedo que la filosofía no me desvie muy lejos de mi fin. Pero diré á lo ménos á lo que tú me provocas, que en la pelea de contrarias calidades y en la multitud de venas y fragilidad de huesos, ó no hay tanto peligro como tú representaste, ó si es así, en ello se muestra qué cuidado tiene de nosotros Dios, pues entre peligros tan ciertos nos conserva tantos dias. Y lo que tú dices que hacemos á todas las cosas fuerza para vivir nosotros, vanas querellas son, pues todas las cosas mundanas vienen á nuestro servicio, no por fuerza, sino por obediencia que nos deben. ¿No has oido en los *Cantares* de David, donde por el hombre dice, hablando con Dios: «Ensalzástelo sobre las obras de tus manos, todas las cosas pusiste debajo de sus piés: ovejas y vacas y los otros ganados, las aves del cielo y los peces de la mar»? Esto dice David; y pues Dios es señor universal, él nos pudo dar sus criaturas, y dadas, nosotros usar dellas segun requiere nuestra necesidad, las cuales no reciben injuria cuando mueren para mantener la vida del hombre, mas vienen á su fin para que fueron criadas. De las cosas que ya dichas tengo, puedes conocer, Aurelio, que no es el hombre desamparado de quien el mundo gobierna, como tú dijiste; mas ántes bastecido más que otro animal alguno, pues le fueron dados entendimiento y manos para esto bastantes, y todas las cosas en abun-

dancia, de que se mantuviese. Agora quiero satisfacer á lo que tú querías decir, que estas cosas mejor fuera que sin trabajo las alcanzára, que no buscadas con tanto afán y guardadas con tanto cuidado. Si bien consideras, hallarás que estas necesidades son las que ayuntan á los hombres á vivir en comunidad, de donde, cuanto bien nos venga y cuanto deleite, tú lo ves, pues que de aquí nacen las amistades de los hombres, y suaves conversaciones. De aquí viene que unos á otros se enseñen, y los cuidados de cada uno aprovechen para todos. Y si nuestra natural necesidad no nos ayuntára en los pueblos, tú vieras cuáles anduvieran los hombres solitarios, sin cuidado, sin doctrina, sin ejercicios de virtud, y poco diferentes de los brutos animales; y la parte divina, que es el entendimiento, fuera como perdida, no teniendo en qué ocuparse. Así que, lo que nos parece falta de naturaleza, no es sino guía, que nos lleva á hallar nuestra perfección. Cuanto más, que aunque estos bienes alcanzáramos sin nuestras necesidades naturales, los hombres son tan diversos en voluntades, que no era cosa conveniente que Dios les diese más instrumentos para que cada uno se proveyese de las cosas segun su apetito. Así que, esta incertidumbre en que Dios puso al hombre responde á la libertad del alma. Unos quieren vestir lana, otros lienzo, otros pieles; unos aman el pescado, otros la carne, otros las frutas. Quiso Dios cumplir la voluntad de todos, haciéndolos en estado en que pudiesen escoger. Y pues es así, no debemos tener por aspereza lo que Dios nos concedió como á hijos regalados. Dime agora tú, Aurelio: si Dios te hiciera con cuernos de toro, con dientes de jabalí, con uñas de león, con pellejo lanudo, ¿no te parece que con estas provisiones, que alabas en los otros animales, te hallaras tan desproveído segun tu voluntad, que con ellas otra cosa no deseáras más que la muerte? Pues si así es, no te quejes de la naturaleza humana, que todas las cosas imita y sobrepuja en perfección. Solamente veo que no pudo el hombre imitar las alas de las aves, lo cual me parece que nos fué prohibido con admirable providencia, porque de las alas no les viniera tanto provecho á los buenos, como de los malos les viniera daño. No tenemos que hacer en los aires; basta que la tierra do vivimos la podamos andar toda, y pasar los mares, que atajan los caminos. Gran cosa es el hombre y admirable, el cual quiso Dios que con muchas tardanzas convaleciese despues de nacido, dándonos á entender la grande obra que en él hacia. Bien vemos que los grandes edificios en unos siglos comienzan, y en otros se acaban; pues así Dios da perfección al hombre en tan largos dias, aunque en un momento pudiera hacerlo; porque por semejanza de las cosas que nuestras manos hacen, conozcamos esta su obra. La cual para bien ver, tiempo es ya que entremos dentro á mirar el alma que mora en este templo corporal, la cual, como Dios, que aunque en todo el mundo mora, escogió la parte del cielo para manifestar su gloria, y la señaló como lugar propio, segun que nos mostró en la oración que hacemos al Padre, y de allí envía los ángeles y gobierna el mundo, así el ánima nuestra, que en todo lo imita, aunque está en todo el cuerpo, y todo lo rige y man-

tiene, en la cabeza tiene su asiento principal, donde hace sus más excelentes obras. Desde allí ve y entiende, y allí manda; desde allí envía al cuerpo licores sutiles que le den sentido y movimiento, y allí tienen los nervios su principio, que son como las riendas con que el alma guía los miembros del cuerpo. Bien conozco que así el cerebro como las otras partes de principalmente el alma está, son corruptibles y reciben ofensas, como tú, Aurelio, nos mostrabas; pero esto no es por mal del alma, ántes es por bien suyo, porque con tales causas de corrupcion es disoluble destes miembros para volar al cielo, do es, como ya he dicho, el lugar suyo natural. Por eso hablemos agora del entendimiento, que tú tanto condenas, el cual para mí es cosa admirable, cuando considero que, aunque estamos aquí, como tú dijiste, en la hez del mundo, andamos con él por todas partes. Rodeamos la tierra, medimos las aguas, subimos al cielo, vemos su grandeza, contamos sus movimientos, y no paramos hasta Dios, el cual no se nos esconde. Ninguna cosa hay tan encubierta, ninguna hay tan apartada, ninguna hay puesta en tantas tinieblas, do no entre la vista del entendimiento humano para ir á todos los secretos del mundo; hechas tiene sendas conocidas, que son las disciplinas, por do lo pasea todo. No es igual la pereza del cuerpo á la gran ligereza de nuestro entendimiento; no es menester andar con los piés lo que vemos con el alma. Todas las cosas vemos con ella, en todas miramos, y no hay cosa más extendida que es el hombre, que aunque parece encogido, su entendimiento lo engrandece. Este es el que lo iguala á las cosas mayores, éste es el que rige las manos en sus obras excelentes, éste halló la habla con que se entienden los hombres, éste halló el gran milagro de las letras, que nos dan facultad de hablar con los ausentes, y de escuchar agora á los sabios antepasados las cosas que dijeron. Las letras nos mantienen la memoria, nos guardan las ciencias, y lo que es más admirable, nos extienden la vida á largos siglos, pues por ellas conocemos todos los tiempos pasados, los cuales, vivir, no es sino sentirlos. Pues ¿qué mal puede haber, decidme agora, en la fuente del entendimiento, de donde tales cosas manan? Que si parece turbia, como dijo Aurelio, esto es en las cosas que no son necesarias, en que por ambicion se ocupan algunos hombres; que en las cosas que son menester, lumbre tiene natural con que acertar en ellas, y en las divinas secretas Dios fué su maestro; así que, Dios hizo al hombre recto, mas él, como dice Salomon, se mezcló en vanas cuestiones. Para ver las cosas de nuestra vida no nos falta lumbre, y en éstas, si queremos, acertamos. Y las mayores tinieblas para el entendimiento son la perversa voluntad; así está escrito que en el ánima malvada no entrará sabiduría. No es, luego, falta de entendimiento caer en errores, sino de nuestros vicios, que lo ciegan y lo ensucian, los cuales si evitamos, y seguimos la virtud, tenemos la vista clara y nunca erramos, como quien anda por camino manifiesto. Mas si andamos en maldades, hay por ellas tantas sendas y tan escondidas, que ni pueden conocerse, ni era cosa justa que diese Dios lumbre para andar en ellas. Aquí son los desvanecimientos del hombre, aquí los errores,

entre los cuales yo no cuento las armas, como tú, Aurelio; que pues habia de haber malos, buenas fueron para defendernos dellos. No hay cosa tan buena, que el uso no pueda hacerla mala. ¿Qué cosa hay mejor que la salud? pero ésta, como ves, muchas veces es el fundamento de seguir los vicios. Quien de aquesta usa, segun virtud lo amonesta, buena joya tiene; así pues, las armas con mal uso se hacen malas; que ellas en sí buenas son para defenderse de las bestias impetuosas y los hombres que les parecen. Por lo cual cesen, Aurelio, tus quejas del entendimiento; no parezcas á Dios desagradecido de tan alto dón, y agora escucha la gran excelencia de nuestra voluntad. Ésta es el templo donde á Dios honramos, hecha para cumplir sus mandamientos y merecer su gloria, para ser adornada de virtudes y llena del amor de Dios y del suave deleite que de allí se sigue; la cual nunca se halla del entendimiento desamparada, como piensas, porque él, como buen capitán, la deja bien amonestrada de lo que debe hacer, cuando della se aparta á proveer las otras cosas de la vida. Y los vicios que la combaten no son enemigos tan fuertes, que ella no sea más fuerte, si quiere defenderse. Esta guerra en que vive la voluntad fué dada para que muestre en ella la ley que tiene con Dios; de la cual guerra no te debes quejar, Aurelio, pues á los fuertes es deleite defenderse de los males. Porque no son menester, para vencer, tan grandes los trabajos que son menester para vencer, como la gloria del vencimiento. Cuanto más, que pues los antiguos romanos solian pelear en regiones extrañas, y pasar gravísimos trabajos por alcanzar en Roma un dia de triunfo con vanagloria mundana, ¿por qué nosotros no pelearémos de buena gana dentro de nosotros con los vicios, para triunfar en el cielo con gloria perdurable? Principalmente, pues tenemos los santos ángeles en la pelea por ayudadores nuestros, como san Pablo dice, que son enviados para encaminar á la gloria los que para ella fueron escogidos. Y no te espantes, Aurelio, si el hombre corrompido de vicios es cosa tan mala como representaste, porque es como la vihuela templada, que hace dulce armonía, y cuando se destiempla, ofende los oídos. Si el hombre se tiempla con las leyes de virtud, no hay cosa más amable; mas si se destiempla con los vicios, es aborrecible, y tanto más, cuanto las faltas más feas parecen en lo más hermoso. Y esto basta, me parece, para que tú, Aurelio, sientas bien de las dos partes del alma. Agora veamos los estados de los hombres y sus ejercicios, de que tanto te quejas. Los artífices que viven en las ciudades no tienen la pena que tú representabas, mas ántes singular deleite en tratar las artes, con las cuales explican lo que en sus almas tienen concebido. No es igual el trabajo de pintar una linda imagen ó cortar un lindo vaso ó hacer algun edificio, al placer que tiene el artífice despues de verlo hecho. ¿Cuánto más te parece, Aurelio, que sería mayor pena, que alguno en su entendimiento considerase alguna excelente obra, como fué el navío para pasar los mares ó las armas para guardar la vida, si en sí no tuviese manera de ablandar el hierro, hender los maderos y hacer las otras cosas que tú representas como enojos de la vida? Paréceme á mí que en mayor

tormento viviera el hombre si las cosas usuales que viera con los ojos del entendimiento, no pudiera alcanzarlas con las manos corporales. Por eso no condenes tales ejercicios como son éstos del hombre, ántes considera que como Dios es conocido y alabado por las obras que hizo, así nuestros artificios son gloria del hombre, que manifiestan su valor. Agora el orden por donde tú, Aurelio, me guiaste, requiere que diga del estado de los hombres letrados; do primero escucha lo que dijo Salomon en sus proverbios: «Bienaventurado es el que halló sabiduría y abunda de prudencia: mejor es su ganancia que la de oro y plata, y todas las cosas excede que se pueden desear.» Gran cosa es, Aurelio, la sabiduría, la cual nos muestra todo el mundo, y nos mete á lo secreto de las cosas, y nos lleva á ver á Dios, y nos da habla con él y conversacion, y nos muestra las sendas de la vida. Ésta nos da en el ánimo templanza, ésta alumbrá el entendimiento, concierta la voluntad, ordena al mundo, y muestra á cada uno el oficio de su estado. Ésta es reina y señora de todas las virtudes, ésta enseña la justicia y tiempra la fortaleza; por ella reinan los reyes, y los príncipes gobiernan, y ella halló las leyes con que se rigen los hombres. Donde puedes ver, Aurelio, cuán bien empleado sería cualquier trabajo que por ella se tomase. Por eso no compares los sabios á Sísifo infernal, aunque los veas muchas veces tornar á aprender de nuevo lo que tienen sabido; mas ántes los compará á los amadores de alguna gran hermosura, cuyo deleite de verla recrea el trabajo de seguirla. ¡Oh alta sabiduría, fuente divina, de do mana clara la verdad, do se apacientan los altos entendimientos! ¿Qué maravilla es, pues eres tan dulce, que tornemos á tí muchas veces con sed? Más me maravillaría yo si quien te hubiese gustado, nunca á tí tornase, aunque tuviese en el camino todos los peligros de su vida. Cuanto más, que ni los hay, ni trabajos algunos de los que tú decías, sino fácil entrada y suave perseverancia. El camino de ir á ella es el deseo de alcanzarla, y presto se deja ver de quien con amor la busca. Pero hágote saber que el amor de ésta es el temor de Dios, que limpia los ojos de nuestro entendimiento, y esclarece la lumbre que para conocer el bien y el mal Dios nos dió, y ésta es la lumbre por quien dijo Salomon: «Quien con la lumbre veláre para haber sabiduría, no trabaje; que á su puerta la hallará sentada»; queriendo decir que muy cerca está la sabiduría de quien la mira con ojos claros del entendimiento, limpios, con amor y deseo de servir á Dios. Los que la buscan en medio de las tinieblas de sus pecados, no es maravilla que la vean como sombra, y que no puedan asirla y en vano trabajen para tenerla. Aunque bien confieso que es algo labil nuestra ciencia, de cualquier manera que la hayamos alcanzado, y no tanto como tú dijiste, Aurelio; pero esto es porque deseemos el asiento en ella y el perfecto entendimiento, cual es el de la gloria que Dios nos tiene aparejada. No era cosa conveniente que aquí, do somos peregrinos, tuviésemos tales cumplimientos como en nuestro natural; sino solamente tales muestras de lo que hay allá, que nos encendamos en deseo de no errar el camino por do habemos de ir. Con esto me parece, Aurelio, que los

sabios están en salvo, fuera del peligro de ser por tus razones su estado condenado. Los que labran los campos que pusiste tras éstos, no son tales como nos mostrabas. Tú decías que son esclavos de los que moramos en las ciudades, y á mí no me parecen sino nuestros padres, pues que nos mantienen; y no solamente á nosotros, sino también á las bestias que nos sirven y á las plantas que nos dan fruto. Grande parte del mundo tiene vida por los labradores, y gran galardón es de su trabajo el fruto que dél sacan. Y no pienses que son tales sus afanes cuales te parecen; que el frío y el calor, que á nosotros nos espantan por la mucha blandura en que somos criados, á ellos ofenden poco, pues para sufrirlos han endurecido, y en los campos abiertos tienen mejores remedios que nosotros en las casas, pues con sus ejercicios no sienten el frío, y del calor se recrean en las sombras de los bosques, do tienen por camas los prados floridos, y por cortinas los ramos de los árboles. Desde allí oyen los ruiseñores y las otras aves, ó tañen sus flautas ó dicen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de valer, más atormentadores de la vida humana que frío ni calor. Allí comen su pan, que con sus manos sembraron, y otra cualquier vianda de las que sin trabajo se pueden hallar; dichosos con su estado, pues no hay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta. Así viven en sus soledades, sin hacer ofensa á nadie, y sin recibirla, donde alcanzan no más entendimiento de las cosas, que es menester para gozarlas. Dejémoslos, pues, agora en su reposo, y veamos el estado de los que gobiernan, si es tal como tú, Aurelio, dijiste. Éstos tienen poderío, que recibieron de Dios para gobernar el pueblo, con el cual libran los buenos de las injurias de los malos, amparan las viudas, sostienen los huérfanos, y dan libertad á los pobres, y ponen freno á los poderosos; procuran la paz, y la vida la guardan, dan á todos sosiego y segura posesion de sus bienes. Así parece el que gobierna ánima del pueblo, que todas sus partes tiene en concierto y á todas da vida con regimiento, el cual si faltase, toda la república se disiparía, como se deshace el cuerpo cuando el ánima lo desampara. Y pues es así, noble estado es el de los que rigen, y gran dignidad; no oscuro ó impedido, como tú decías, Aurelio. Que no pienses que por la dificultad que el hombre tiene en regirse á sí mismo, se ha de considerar la que terná en regir á muchos. Porque en las cosas propias es difícil juzgar do se entremeten nuestras pasiones; mas en las ajenas somos libres, y podemos más claro ver lo que muestra la razon, sin que nuestros apetitos nos lo estorben; en las cuales no se puede tanto esconder la verdad, que por alguna parte no resplandezca. Tan difícil es esconder la verdad como la lumbre, á la cual, si unos rayos le quitares, otros la descubrirán; y la falsedad es difícil de sostener. La una trae osadía á juicio, y la otra viene con temor; la una se mantiene de sí misma, la otra para sostenerse ha menester gran industria; y al fin, á la una favorece Dios, y á la otra desfavorece. Difícil cosa es que la verdad con tanto amparo sea vencida, y que venza la falsedad, si no es por descuido ó por malicia del juez; ó si por divina permission alguna vez la verdad no se conoce y queda desfavorecida, el que

della es juez no queda culpado, si con amor la buscó. Si algún amigo tuyo, Aurelio, favoreciese otra persona, pensando que tú eras, ó la socorriese en alguna necesidad, tan en cargo le serías como si tú verdaderamente fueras. Así el juez que á la falsedad acata, cuando le parece ser ella la verdad, sin tener culpa en el tal error, no ménos merece que si conociendo la verdad la siguiera. Así verás, Aurelio, cuál es el estado de los que gobiernan. Agora considera cómo no es malo el oficio de los que se tratan las armas. Todo el bien que has oído puede haber en la república, éstos lo guardan; ellos son la causa de la seguridad del pueblo, por los cuales no osan los que mal nos quieren venir á perturbarnos. Ellos visten hierro, sufren hambre, sufren cansancio por no sufrir el yugo de los enemigos, y han por mejor padecer aquestas cosas que padecer vergüenza, y sudar en los campos sirviendo á la virtud, que sudar aprisionados en servicio de sus enemigos. Si vencen, alcanzan gloria para sí y descanso para los suyos; y si mueren siendo vencidos, no han menester la vida, pues en ella no tenían libertad. Cuanto más, que estos espantos de hombres flacos son los deleites de hombres fuertes. Sufrir las armas, andar en cercos, defender los muros ó combatir con ellos, y las otras durezas de la guerra no son pena de los animosos, sino ejercicios de virtud, en los cuales se deleitan y gozan del excelente dón que en su pecho tienen. Las heridas no las sienten con el amor de buenos hechos, y su sangre dan por bien empleada cuando verterla ven por la salud de sus tierras; entónces se juzgan ser bienaventurados, cuando han hecho lo que la virtud les amonesta. No tienen en nada ver sus cuerpos llagados ó dispuestos á morir, si el ánima tiene vida sin lision ninguna. Pero aunque es así, yo bien confieso, Aurelio, que algunos hay que carecen destas excelencias, mas es por sus vicios, no por culpa del estado; que así éste como los otros de la vida humana, de que habemos hablado, todos son tales como es la intencion de quien los sigue; no hay ninguno dellos malo para los buenos, ni bueno para los malos. El hombre que escoge estado en que vivir él y sus pensamientos, con voluntad de tratarlo como le mostráre la razon, vive contento y tiene deleite; mas el que por fuerza siguiendo uno, muestra que tiene los ojos y el deseo en los otros más altos, sin templanza y sin concierto, éste vive disipado y apartado de sí mismo, atormentado de lo que posee y atormentado de lo que desea. Así que, nosotros tenemos libre poderío de nos hacer exentos de los escarnios de fortuna, en los cuales quien cayere, con mucha razon será atormentado, pues él mismo se le dió. Por lo cual, ántes me parece que la fortuna es buena para amonestar los hombres á que cada uno se contente de su estado, que no para dar descontentamiento con deseo del ajeno. Ella se declara por muchos ejemplos, y no tiene la culpa de los males que tras ella se padecen, sino tiénela quien por descuido ó ceguedad no los considera; y tanto más es culpado quien la sigue, cuanto más clara se conoce la vecindad que tenemos con la muerte, donde habemos de dejar el bien deste mundo, pero no con tanto tormento como tú, Aurelio, representabas. No es tan

cruel nuestra muerte, ni el alma deja el cuerpo en aquellas agonías que dijiste, pues como sabes, en tal pelea lo primero que el hombre pierde es el sentido, sin el cual no hay dolor ni agonía. Que estos gestos que vemos en los que mueren, movimientos son del cuerpo, no del alma, que entónces está adormida. Mas quiso Dios que nos pareciese comunmente la muerte tan espantable, con señales de tormento, porque á los que la buscan con deseo de acabar sus males, les pareciese que es ella otro mayor; y así cada uno ántes quisiese padecer vida miserable, que buscar remedio en la muerte, la cual si nos pareciera fácil y suave, los afligidos que andan olvidados de las penas del infierno, no temiendo las del morir, dejarían la vida, y padeciera el género humano muy gran detrimento. Así que, los espantos de la muerte no son sino guardas de la vida, por la cual es verdad, como dijiste, que pasamos acelerados. Pero si tú porfias que hay tantos males en la vida, ¿qué mejor remedio pudo haber que en breve pasarlos? ó ¿qué mal hallas tú en la muerte, pues es el fin de la vida, donde dices que hay tantas aflicciones? No es la muerte mala sino para quien es mala la vida; que los que bien viven, en la muerte hallan el galardón, pues por ella pasan á la otra vida más excelente, con deseo de la cual lloraba David, porque los días de su tardanza le eran prolongados. San Pablo, acordándose que le fué en revelacion mostrada, siempre deseaba su muerte, por pasar por ella á la vida perdurable, que, como él dice: «Ni ojos la vieron, ni la oyeron los oídos, ni el corazón la comprende»; mas entendemos della que Dios soberano es el fundamento de la gloria, que se descubre todo claro para que en él apacienten sus entendimientos altos los espíritus bienaventurados, y se hartan de su amor suavísimo, sin temor alguno de perder jamás tan alto bien, mas ántes con esperanza de recobrar sus cuerpos que tienen en deseo, por hallarse en aquellos mismos castillos do se defendieron de los vicios y ganaron tanta gloria. El día postrero se los darán no corruptibles, no graves ni enfermos, sino hechos perdurables con eterna salud y con movimiento fácil, hermosos y resplandecientes, así como son las estrellas, y con todos los otros dones que les pertenecen, para ser moradas donde vivan las almas, á quien hace Dios aposento de su gloria. Allí se verán los buenos libres del profundo del infierno, do está la multitud de los espíritus dañados; allí se verán en los cielos ensalzados y acompañados de los ángeles, manteniendo el entendimiento en la divina sabiduría, hartando su voluntad con amor de la gran bondad de Dios, apacientando los ojos corporales en aquella carne humana con que Dios nos quiso parecer. Y verémos en su cuerpo las señales de las heridas que sufrió, que fueron las llaves con que nos abrió el reino donde entónces estarémos. Y al fin, allí ensalzados sobre la luna y el sol y las otras estrellas, verémos cuanto viéremos, todo para crecimiento de nuestra gloria, que Dios nos dará, como padre liberal á hijos muy amados. Éste es el fin al hombre constituido; no la fama ni otra vanidad alguna, como tú, Aurelio, decías. Y éste es tan alto, que aunque se puede considerar cuán excelente será, pues se dará Dios al hombre en su eterna bienaventuranza,

como ántes decia, sin que ya tengamos más que decir dél, habiéndolo ensalzado Dios para tanta grandeza. Tú, Dinarco, verás agora lo que te conviene juzgar del hombre, conforme á la grande estima que Dios ha hecho dél.

Din. Yo no tengo más que juzgar, de tenerte, Antonio, por bien agradecido en conocer y representar lo

que Dios ha hecho por el hombre; y preciar tambien mucho tu ingenio, Aurelio, pues en causa tan manifiesta hallaste, con tu agudeza, tantas razones para defenderla. Y vámonos; que ya la noche se acerca, sin darnos lugar que lleguemos á la ciudad ántes que del todo se acabe el día.

EL DOCTOR JUAN HUARTE DE SAN JUAN.

JUICIOS CRÍTICOS.

I. — DE FRAY LORENZO DE VILLAVICENCIO.

He visto este libro, y su doctrina toda es católica y sana, sin cosa que sea contraria á la fe de nuestra madre la santa Iglesia de Roma. Sin esto, es doctrina de grande y nuevo ingenio, fundada y sacada de la mejor filosofia que puede enseñarse. Son algunos lugares de la Escritura muy grave y eruditamente declarados. Su principal argumento es tan necesario de considerar de todos los padres de familia, que si siguiesen lo que en este libro se advierte, la Iglesia, la república y las familias tendrian singulares ministros y sujetos importantísimos.

II. — DE ESCASI (EL MAYOR).

(En la traduccion latina del libro de Huarte.)

Me ha parecido el más sutil entre los hombres doctos de nuestro siglo, á quien el público debe tributar supremas estimaciones, y que entre los escritores más excelentes, cuanto yo conozco, tiene un gran derecho para ser copiado de todos. Reprodujo en nuestros dias aquella fugitiva sutileza y libertad de opinar de los sabios antiguos, que los conducia directamente á su fin, como se ve por el título de su certámen para analizar lo más íntimo de la naturaleza, de tal modo y tan felizmente, que toda la posteridad que se le siga se penetrará de su gran mérito.

III. — DEL SEÑOR DON ANTONIO HERNANDEZ DE MOREJON.

(Historia bibliográfica de la Medicina española. — Tomo III.)

Lo que han escrito despues sobre el mismo objeto Pujasol y el padre Ignacio Rodriguez, de las Escuelas Pías, todo es copiado de la obra de este médico, que la llevó tan á cabo, que, no contento con haber dado las reglas para discernir en los hombres el ingenio más propio para cada arte ó ciencia, se entretuvo al fin de su escrito en declarar las señales de las mujeres aptas para concebir; los hombres con quienes habian de casar; las diligencias para que salieran varones, y no hembras, y para que los hijos fuesen ingeniosos, y conservarles el ingenio despues de nacidos, y mantenerles la salud, y ocho condiciones con que se han de criar para que tengan la salud y el ingenio que requieren las letras; cuyos pensamientos han copiado igualmente los autores de la célebre *Megalantropogenesis*. La aparicion del libro de este español produjo entre todos los médicos y filósofos de su tiempo una admirable y gustosa sensacion; y así es que la mayor parte de las naciones de Europa se apresuraron á traducirle en su idioma, como ya hemos insinuado. Huarte tiene derecho á ser considerado como uno de los médicos más juiciosos, instruidos y filó-